

Jornada Científica en APU sobre Simbolización*

*Presentamos ideas discutidas en la Jornada Científica de octubre de 2006 dedicada a considerar **Qué entendemos por simbolización** en psicoanálisis y el lugar que ocupa la misma en la forma de pensar nuestro trabajo. Esta discusión fue precedida por un intercambio electrónico sobre el tema que aquí se retoma y relanza.*

Pedro Moreno

Ante todo quiero agradecer mucho el trabajo que se tomaron todas las personas que mandaron contribuciones.

Víctor dice en un momento que el término simbolización a veces se usa como comodín. Yo a veces tenía la sensación, en nuestras discusiones científicas, de que cuando se hacía referencia a las fallas de simbolización quedaba poco claro exactamente de qué se estaba hablando, y las contribuciones me ayudaron a entender parte de los acuerdos con respecto a qué quiere decir eso.

Marcelo y Mirtha hablan de cómo los términos simbolización y símbolo preceden a Freud y que lo que nos importa es pensar, a partir de Freud, qué sentido tiene en el psicoanálisis, como lo usa Freud, para aplicarlo a los productos de la vida psíquica, como dice Marcelo. O, como dice Mirtha, cómo el trabajo de simbolización en psicoanálisis tiene que ver con la pertenencia al trabajo del inconsciente.

Después hay toda una serie de contribuciones que apuntan a

* Coordinadora: Silvia Flechner, Miembro Titular de APU.

un acuerdo respecto al trabajo de simbolización para el psicoanálisis relacionado directamente con la represión, la inscripción psíquica, y esa inscripción en una malla o en una cadena de representaciones o significantes. Como hay acuerdo en cómo algo de este proceso está presente en todo acto de creación, como dice Mirtha. Y me pareció bien interesante lo que dice Juan Carlos en cuanto a que el análisis aporta un potencial creador, es decir que hay algo de creación en el trabajo del análisis que tiene que ver con este trabajo psíquico que se generó a partir de la pérdida.

Después hay otros trabajos, como el de Susana o el de Fanny, que insisten más en qué es lo que pasa cuando eso falla. Fanny habla de cómo el interés por el tema tiene que ver con todas esas situaciones clínicas que no pasan por este mecanismo, que no se explican o no funcionan adecuadamente si uno se para en este lugar para explicarlas. Susana habla de cómo a veces la palabra es sustituida por actos, por padecer físico, por odio. Se habla después de la ausencia de representaciones, del desierto psíquico, de la abolición del relato. Y entonces una de las cosas que se plantea, como lo hace Nadal también, es que hay una inscripción, habría un acuerdo en que tempranamente ha habido una inscripción que de alguna manera no está disponible. Se habla de una inscripción escindida, Fanny habla de lo inconsciente escindido.

Ahí hay un punto que me parece interesante, algunas de las discusiones que se dieron este año giraban en torno a eso, cómo trabajar ese espacio que no responde a esta lógica de la represión, a la inscripción y el trabajo que hacemos en el ámbito de la neurosis. Fanny dice que esto no es sólo prerrogativa de cierto tipo de cuadros, que no es propio sólo de los *borders* o de los no neuróticos, los neuróticos también tenemos de esto. Hay algo de esto en la neurosis que en el análisis también aparece.

Quiero hacer referencia a una cosa que menciona Beatriz, cómo junto con esto también hay una línea de pensamiento en Inglaterra a partir de Bion y Winnicott y que termina en Fonagy, que tiene que ver con la idea del procesamiento del afecto. Me gustaría plantearlo como una perspectiva donde lo que importa en estos planteos no es el trabajo psíquico que se genera, como

dicen todos los planteos anteriores, a partir de la ausencia del objeto, sino pensar el trabajo psíquico y la construcción de un aparato psíquico a partir de la presencia del otro. Es decir, qué es lo que se da en el aparato en presencia del otro. A diferencia de la metapsicología freudiana, que sería una metapsicología de la ausencia, hay toda una serie de desarrollos nuevos que nos obligarían a pensar en una metapsicología de la presencia. Entonces cómo esa presencia del otro, de la madre tempranamente, genera aparato psíquico. Lo que dicen los trabajos de la mentalización, siguiendo la línea original de Bion y de Winnicott, es que en el bebe se da algo de la generación del aparato psíquico porque la madre es capaz de atribuirle contenidos mentales. La madre es capaz de pensar y de sentir a ese bebe como alguien que tiene contenidos mentales propios. En eso hay algo de lo que algunos de los trabajos decían con relación al lugar que tienen la mirada, la palabra, lo que dice Mirtha que acompaña a la palabra que es la entonación, es decir todo lo paralingüístico, que tiene que ver con los contenidos afectivos también.

En términos de cómo esto fracasa, en la visión de la teoría de la mentalización de Fonagy, nos plantea que sucede si no hay un adecuado procesamiento de estas situaciones, que él describe como efecto, si por un lado hay una historia de violencia, de situaciones de abuso real, y por otro lado lo que él llama una violencia distinta, que sería la incapacidad de la madre o de las figuras tempranas de adjudicarle contenidos mentales a ese bebe. Entonces describe lo que llama el mecanismo de la equivalencia psíquica y dice que lo que se da es una pérdida de discriminación entre los contenidos mentales y la realidad externa.

Yo pensaba esto en función de lo que describía Marcelo, de qué es lo que sucede cuando en situaciones traumáticas muy, muy importantes, sostenidas en el tiempo, de una enorme violencia, no funciona el volver a recordar el episodio como búsqueda de algo terapéutico. Pensado desde esta perspectiva, lo que dicen Fonagy y Target es que reencontrarse con el pensamiento, el recuerdo, el contenido mental de la situación traumática en el modo de equivalencia psíquica es reencontrarse en la situación del

trauma. O sea que reencontrarse con el recuerdo del campo de concentración, de la tortura, del padre violento, de la madre que no lo reconoce es revivir la misma situación, y entonces, como también algunos de los trabajos dicen, está el riesgo de retraumatizar, de generar el mismo efecto.

Por último, en esta idea de lo inscrito no disponible o que está disponible de otra manera, una idea que ayuda a pensar esto son los aportes de la investigación en desarrollo cognitivo que describen la memoria implícita, procedural o no declarativa, que es la memoria que se da tempranamente, cuando el desarrollo del cerebro no se ha completado, que no pasa por el lenguaje y que, a diferencia de la memoria explícita, surge sin que tengamos noticia de que estamos recordando, es un recordar sin tener la vivencia de estar recordando. Surgen como trazas, como hilachas de situaciones que a veces tienen que ver con modos de estar con el otro.

Luz Porras

Me pareció interesante comenzar por un par de comentarios. Lévi-Strauss, citando a Rimbaud, dice, en un capítulo que se llama «La eficacia simbólica», que una metáfora puede modificar el mundo. Eso es muy importante.

Por otro lado, la enumeración de las formaciones del inconsciente como posibilidades de simbolización también me parecen primordiales. Hay un ejemplo que seguí de cerca, si uno toma el índice de *La interpretación de los sueños* y ve todas las veces que está citada la monografía botánica, puede verse perfectamente todos los nexos y las redes simbólicas que se van armando para justificar después una parte teórica, donde la red está sobredeterminada. Por ejemplo, en un camino así, Freud dice «y hago un puente», y enseguida dice «Brücke, puente, mi profesor». Y otra cosa interesante, monografía botánica recorre el camino de las monografías pero llega a botánica. Llega a mi flor preferida y a alcauciles. Pero de alcauciles pasa al deshojar el libro que el padre le dio cuando tenía 4 años. Todo ese camino de

la asociación de los sueños, que pone como ejemplos de sueños personales, va generando un mecanismo de simbolización de algo que era una condensación para él personalmente, y esto justifica lo de metáfora, lo del sueño como expresión simbólica del pensar.

Javier García

Plantearé algunas preguntas e ideas.

A estos temas me he dedicado en otras oportunidades, sobre todo en relación a la «eficacia de las palabras», a las «escrituras corporales», a las «coreografías inconscientes» y al concepto de **represión originaria** pensado en relación al concepto lacaniano de «deseo del Otro» y de «goce del Otro», para hablar de una variante que me parece importante en la idea de simbolización.

Quería plantear una serie más o menos hilvanada de preguntas que yo mismo me realizo en torno al término «trastorno de la simbolización». Quizás como afirmación inicial podría tomar esta idea, que me pareció evocadora, de «La Gozadera», que trae Juan Carlos Capo (hago referencia también al grupo de cuerdas de tambores de Malvín). Podríamos decir que «La Gozadera» excede o incluso se rebela, ¿por qué no?, al desfiladero de las palabras. Un goce que no puede ser dicho ni representado, un goce que se rebela a ser dicho y un goce en el decir. De lo contrario todo decir sería bastante aburrido. Esto es humanamente así, y no porque haya un trastorno de la simbolización.

Las preguntas que hilvano son de este tipo. ¿Por qué circunscribir el hecho de que lo pulsional exceda a las palabras y a las representaciones por imágenes, a un trauma arcaico desimbolizador, o a una falla de la represión originaria? La pregunta no es porque esto no pueda constituir una dificultad de la simbolización sino porque genera la idea inversa de que sin traumas primitivos y sin fallas de la represión originaria todo lo pulsional tendría su metáfora y de que podría no haber traumas precoces. Son preguntas que nos tenemos que plantear los analistas cuando pensamos estos temas porque indican en qué lugar nos ubicamos en la escucha.

¿Alguien encontró alguna vez metáforas de qué son las metáforas? Sería un exceso hablar por eso de una teoría del trastorno generalizado de la simbolización. Quizás más bien podríamos decir que existe una teoría de la simbolización generalizada como idealización psicoanalítica: duelo sin resto, Edipo sepultado, inconsciente metaforizado, logro de la genitalidad, la anatomía como destino, armonía entre erogeneidad y función y, en casos aun mayores, adaptación del yo a la realidad. Es decir, armonías que son bastante lejanas de la cosa humana. Seguramente todos diríamos que no pensamos eso, pero eso se define en cómo nos posicionamos más que en lo que decimos. Si las pulsiones parciales y el deseo del Otro son inevitablemente «traumáticos» en el origen y condición esencial del sujeto, entonces hablar de traumas precoces ligados a trastornos de la simbolización centra el problema en un tema descriptivo y lo descentra de lo medular de la condición humana aportado por el Psicoanálisis.

Otro tema. Se dice que el desencuentro y la ausencia son motor de la simbolización pero que no hay desencuentro sin encuentro, como no hay ausencia sin presencia, lo cual constituye un pensamiento verdaderamente redondo, al revés de lo que el psicoanálisis a mi modo de ver aporta. El desencuentro y la ausencia, ¿serían accidentes del encuentro y la presencia, y la simbolización vendría a ser una forma de querer suturar, rellenar o restablecer una cierta presencia supuesta original? Freud decía que todo encuentro con el objeto es un reencuentro, y esto es cierto, ¿pero lo es con el objeto o con su huella, con su signo, con un significante que dejó? ¿Tienen la presencia o el encuentro otro estatuto que el de mito de origen imaginario y *après-coup*?

¿Puede entonces la idea de trastorno de la simbolización sostener un mito de encuentro y presencia a ser suturado en sus fallas, un mito de simbolización sin trastorno?

Parecería implicar esa contracara. O sea, que la represión originaria tendría que ligar, reprimir, fijar a un representante toda pulsión y, si no, hay trastorno. ¿O puede también la idea de trastorno de la simbolización sostener un mito de que todo tendría su palabra o su imagen, y que si esto no se da tendríamos un trastorno por

falla de representación o por trauma, o por falla de la represión originaria?

Pienso que la idea de trauma precoz o arcaico ligada a trastornos de la simbolización y a «pacientes graves», traslada psicogenéticamente a un momento primitivo mítico la Primer teoría del trauma en Freud. Es, al igual que esta última, una idea altamente pregnante en lo descriptivo. Y pienso que el Psicoanálisis surge cuando desconstruye estos imaginarios fuertemente pregnantes, como le sucedió a Freud con el des-engaño respecto de la teoría de la seducción.

Son preguntas e ideas que me plantean a mí mismo seguir pensando este tema y las quería traer hoy aquí.

Susana García

Respecto a los planteos de Javier García digo que es muy difícil seguir tantas preguntas tan complejas sin texto, así que lo esperamos.

Pero para empezar por algo, se pregunta si: ¿Todo lo pulsional tendría su metáfora? Yo digo que no. Como muestra el ombligo del sueño, lo incognoscible, es justo la función de enigma que nos permite la simbolización, que nos permite la metáfora. Eso significa que hay una preocupación que todos tenemos, supongo que Javier también, con relación a cómo trabajar con aquellos pacientes en los cuales la cadena significativa no fluye como en el sueño que mencionaba Luz Porras, que es tan hermoso. Ahí se ve cómo va fluyendo toda una cadena de significantes de la que surgen múltiples asociaciones, y que permite al analista, estar en atención flotante a la caza de algo que se le señala, se pregunta de algún modo. Maravilloso trabajo de análisis pero es un trabajo que no siempre se puede dar.

En ese sentido no acompaño a Víctor Guerra, en su planteo de que los problemas de la simbolización son una resistencia, digo que son los problemas con los que nos tenemos que ver todo el tiempo.

También tenemos que recordar que cuando hablamos de

ecuación simbólica estamos planteando una teorización (kleineana) que plantea una perspectiva genética.

Así la ecuación es previa a la simbolización, que es propia de la posición depresiva. O sea desarrollo, crecimiento, presimbólico. Lo anoto como problema.

Otro aspecto a considerar: ¿Podemos decir que hay fallas de simbolización en la neurosis? Así lo plantea Fanny Schkolnik y además señala que siempre hay huellas, pero con distinta posibilidad de entramado. O sea que no piensa en la ausencia representacional, sino en la ausencia de cadena de representaciones. Me parecen puntos interesantes para pensar.

Myrtha Casas, señala la voz como gesto significativo, como decía Pedro Moreno, en una lectura muy cuidadosa que hizo de los textos pero en la que también hay muchos problemas. Esto de la voz es central, cuando uno lee los materiales eso falta, y es central cómo se emite la voz, hace a semiosis muy distintas.

Me interesó mucho el planteo de Nadal Vallespir cuando habla de las fallas en la simbolización, desde un simple traspie, Signorelli, hasta la forclusión. Ahí tiene un punto de coincidencia con Fanny, aunque tengan teorías muy distintas.

Conuerdo también con la necesidad que plantea de seguir reflexionando sobre lo escindido, me parece un problema.

Capo habla de creación, de crear lo que no existe. Yo me pregunto, ¿será así, o son marcas que se resignifican? Este es uno de los debates.

Beatriz hace un recorrido muy interesante que nos permite seguir los problemas que esto plantea, pero cuando aparece el problema de la mentalización (como en los otros trabajos) aparece el problema del inconsciente. La mentalización y el inconsciente, yo los veo como enfoques teóricos muy distintos. Desde mi manera de pensarlo el psicoanálisis no es una teoría de la mente.

Por último una pregunta que nos vuelve al debate sobre la simbolización en psicoanálisis: ¿Estamos todos de acuerdo en que la fuente de la simbolización está en el Icc., está en la pulsión y en el enigma que implica “lo otro en nosotros”, lo incognoscible? Pero si se trata de alcanzar la metáfora, si se trata de establecer

cadenas significantes, hay participación imprescindible del Precc., es decir del yo. ¿Cómo concebimos esto?

Marcelo Viñar

Pensando en el aporte anterior de Lévi-Strauss, que “una metáfora puede cambiar el mundo”, cuando el presidente Bush dice “hay un eje del bien, que soy yo, y un eje del mal, que son los árabes u Oriente”, se crea una estructura paranoide que es de alta eficacia, no sólo simbólica sino con efectos. Es una cosa que también tenemos que pensar desde la simbolización psicoanalítica.

Evelyn Tellería

Para entrar en materia, me pareció que a lo mejor faltaba arrimar alguna cosa de la escuela inglesa, que nos resulta útil, sobre todo para ir comprendiendo esto de la producción de los símbolos. En la escuela inglesa surge el concepto de ecuación simbólica, y la ecuación simbólica nos ayuda a ir entendiendo desde el momento en que está descrita como un prolegómeno de lo que sería la simbolización. Es decir, que si bien no es exactamente simbolización, sí nos está hablando de cómo un aparato mental está produciendo algo presimbólico en el sentido de Klein y posteriormente otras personas de la escuela inglesa.

Concretamente, la ecuación simbólica es descrita por Hanna Segal, que nos recuerda que el interés (tomando interés como deseo, tal como lo dicen los ingleses) y/o la angustia, relacionados con las pulsiones de vida y de muerte, están funcionando como el hilo conductor de un desplazamiento que hace el yo (para Klein sería el yo, para Freud no habría yo, pero en términos de comprensión nos sirve) en el marco de su relación con el objeto, por distintos objetos, en un momento en que el aparato mental no tiene la suficiente madurez como para haber hecho una integración, una diferenciación de su yo; Hanna Segal habla pues de dos etapas en la simbolización kleiniana, que remarca Kristeva en su biografía de Klein y asimismo llama protosimbolización a esta operación de ecuación simbólica.

En esa posición primera, en la que lo que circula son ideas o

«sentimientos» persecutorios y mucha agresividad, y sobre todo algo que trata de alejar al objeto pero que taponar toda posibilidad de pérdida, se forma un prolegómeno del símbolo con la cualidad de que es idéntico a la cosa representada, mientras que en un momento de mayor integración del aparato se triadiza esta relación (todos los compañeros hablan hoy de esa triangulación en el fenómeno de la simbolización); acá el yo en el contexto de su relación con el objeto, crea un símbolo que representa a ese objeto que se pierde y que le permite múltiples desplazamientos que van formando cadenas de pensamiento, significantes, sublimaciones o como quiera nombrárselos desde las distintas teorías y puntos de vista. La pérdida está en esta teoría, como en la teoría lacaniana, como el acontecimiento interno que se puede significar. Y se puede significar para elaborarlo.

El aporte interesante es que ahí, en la simbolización propiamente dicha, el desplazamiento no es solamente para alejarse del objeto, lo que produciría mucha angustia, sino que también es para recrearlo en sucesivas, llamémosle metáforas con nuestra visión actual, sobre todo posfreudiana y poslacaniana. Ese desplazamiento, esa metonimia y esa simbolización- metáfora nos ayudan a comprender.

Lacan con una nueva metáfora, la del significante, nos ayuda y nos hace entender el estatuto del sujeto del inconsciente, que se diferencia de ese yo tan prístino de la relación de objeto.

Juan Carlos Capo

Cuando oí a Evelyn, referirse a la fantasía inconsciente de Melanie Klein —pensé que, quienes hemos pasado por los aportes freudo-kleinianos, para interesarnos finalmente, algunos, más por los lacanianos—y a la ecuación simbólica, que Evelyn matizó bien como prolegómeno de lo simbólico, en sentido estricto, aquella debería ser considerada como una ecuación imaginaria.

Esto importa porque nos lleva a un segundo punto, que corresponde a la vastedad del tema, que implica símbolo-simbolismo-simbolización, y que desde el mirador lacaniano al que aludí antes,

aquí, uno hace una intervención breve, constreñido por el tiempo, y no se entiende mucho lo que dice, porque falta la referencia al registro real, simbólico e imaginario, y no da para seguirse extendiendo, porque se necesitaría un libro.

Mirtha Casas

Quiero agradecer a la Comisión Científica el esfuerzo de estos dos años que nos ha hecho re-correr mucho, y recorrer también muchas nociones de la palestra psicoanalítica. Si no nos queremos cuando disentimos no podemos constituir un grupo analítico, entonces aunque nos rechine por momentos decir “no me gusta, no estoy de acuerdo”, ¿de qué manera puedo sostener lo contrario? Ahí siempre hacemos agua porque no hay una verdad absoluta ni nadie tiene la certeza de nada, estamos ante conjeturas. Y son conjeturas válidas porque nos ayudan a escuchar mejor el sufrimiento del paciente que tenemos con nosotros. Por eso es que no hay que cejar en la pelea ni en el intento y valen la pena todos los esfuerzos que hacemos.

De lo que estaba escuchando diría que sí, que la simbolización es trastorno, pero es el trastorno vital que nos hace humanos, es una vuelta que implica la transformación de la pulsión en deseo, y es de modo que nos constituimos. Entonces, la represión que habilita esto, deja huellas, marcas, representaciones o significantes, más el afecto que comienza a circular sobre ellas. Jamás quedó fuera el afecto en ninguna conceptualización freudiana, lacaniana, kleiniana o bioniana. No tenemos que volverla a incluir, Pedro, tu esfuerzo y tus lecturas sin duda enriquecen y vuelven a poner acentos donde de pronto se había olvidado ponerlos, pero en realidad desde que deseamos porque perdemos el objeto real y tenemos nada más que un símbolo, peleamos y deseamos y nos afecta y somos afectados porque la represión sólo puede ocurrir si hay otro que nos desea vivos.

Entonces cuando Susana se pregunta muchas cosas, muchas de las cuales no tienen respuesta, (por supuesto que no), pero ¿dónde está la metáfora, en el ombligo...(del sueño)? justamente,

se trata de lo que no se puede tener nunca. El efecto de la metáfora determina una pérdida. Desde Lacan se puede llamar lo real, lo que queda fuera de toda simbolización vital, porque la represión es la simbolización que hace pérdida y deja por fuera algo no representable. Por eso Freud habla del inconsciente sistemático. La metáfora nos constituye, la pérdida nos constituye, el lado muerte de la pulsión nos constituye para que haya vida.

Si todas las formaciones del inconsciente (me parece que podemos pensarlo así) son un ejemplo de simbolización psicoanalítica, esto nos permite pensar sí (lo que ya señalé hace muchos años) que la simbolización constituye un conjunto de acontecimientos, de los que solo sabemos por los resultados, la pulsión misma o la represión, donde su actualización transferencial nos involucra en nuestra praxis.

Entonces una dimensión sería lo que entendemos por simbolización psicoanalítica, y otra son los efectos, entre los que se encuentran las formaciones del inconsciente, la vida misma. En los efectos podemos realizar agrupaciones sintomáticas, y entonces decimos predominancia del acto sobre la palabra, distancia entre la fantasía y la realidad, muchos elementos que son los que aparentemente podemos señalar y estamos acostumbrados a nombrar, a eso lo nombramos falla de la simbolización, el aspecto clínico del asunto. Pero el meollo de la subjetivación con su lado de pérdida, es lo que privilegio como simbolización psicoanalítica, que se juega en la metáfora, la represión, en tanto se dirime como uno de los acotadores de la pulsión, y ésta, la pulsión acicatea indomeñada siempre hacia delante, como decía Freud. De eso se trata nuestra praxis.

Marcelo Viñar

Con la multitud de autores tenemos muchos términos para designar pocas cosas. Hoy oigo simbolización casi como sinónimo de actividad de pensar. Por ejemplo, no entiendo mucho (por si alguien me lo puede aclarar) cuál es la diferencia entre inconsciente reprimido e inconsciente escindido. Tampoco estaría de acuerdo

con Evelyn Tellerías cuando dice que la ecuación simbólica de Hanna Segal es un prolegómeno de la simbolización. Yo más bien la concibo como un obstáculo, como un fracaso de la simbolización.

Voy a trabajar tres minutos para poner a consideración una viñeta que aprendí en FEPAL, que me impactó mucho y que es sencilla, sobre eso de que todo encuentro es reencuentro con el pasado o cómo el trauma precursor, fantasmático u acontecido en la realidad psíquica o material, se hace presente en la vida mental del presente.

En esto del recuerdo, cuando Pedro Moreno hablaba de las teorías de Fonagy sobre cómo uno vuelve en el síntoma al trauma originario, eso no es de Fonagy, es de Freud, de la reminiscencia, y hace un siglo. Porque si no, reinventamos siempre la misma cosa. La reminiscencia es lo fundador del trabajo de Freud con las histéricas, no se puede reinventar eso ahora.

La viñeta la presentó José Outeiral, que es un analista de Porto Alegre o de Pelotas, sobre un señor judío polaco de 75 años sobreviviente del campo, que se trabajó en un grupo de FEPAL, grupo internacional con gente de Europa y Estados Unidos, que fue muy intenso. A este hombre lo empujan a la consulta sus familiares porque es un viejo borracho y maloliente que hizo una vida muy contradictoria, hizo una familia, fue buen padre, hizo muy buenos negocios pero estafó al fisco, estafó a sus amigos, es decir que tiene un lado reparador y un lado muy jodido. Comienza la entrevista burlándose del psicoanalista, diciéndole que lo único que quiere es su dinero, hasta que el analista logra recentrar el diálogo y hacerlo entrar en contacto con sus emociones, y entonces evoca la siguiente imagen: “Lo que a mí me enferma es que siempre tengo en la mente, todos los días, un campo lleno de muertos, un campo lleno de cadáveres”.

Tenía 78 años, no se lo había podido sacar de encima en 60 años. La definición de trauma es obvia, y esa coalescencia, esa fidelidad y esa actualidad de ese padecimiento, en lo que el grupo trabajó y que para mí constituyó un aprendizaje que quiero compartir acá, es cuál es el estatuto de esa representación. Hay un

punto en esa parálisis, en ese momento de encantamiento en el sentido de hipnosis de ese señor de edad que lo único que quería era morir, que estaba en una actitud de autodestrucción y de rechazo, que estaba rompiendo todo lo que tenía al lado y que estaba paralizado mentalmente en el momento del trauma, en algo perpetuo, inmutable.

Lo que quiero destacar como debate es ese punto de fijación, las palabras espacio onírico, espacio alucinatorio, irrealidad no tienen fronteras nítidas a mí entender. Hay un momento de coalescencia de un tiempo actual y un tiempo de 60 años atrás, un tiempo de contacto, de cortocircuito. Cuando los espacios que organizan el pensamiento del pensar consciente (como estoy tratando de hacerlo ahora), ese juego onírico cuando soñamos despiertos o dormidos y ese juego alucinatorio cuando es algo intrusivo que nos viene desde dentro o desde fuera no son discriminados entre sí, ¿qué nombre le damos a esa reminiscencia alucinatoria y a su poder patógeno?

Clara Uriarte

Quiero decir algo que se me fue ocurriendo sobre la tarea de análisis que llevan a cabo analista y paciente. Es una tarea de historización psicoanalítica y por lo tanto de simbolización. En el a posteriori de la transferencia se reconstruye, siempre parcialmente, en un trabajo con los restos, a veces fragmentarios, dejados por el devenir en el encuentro con los objetos primordiales. Esos indicios y esas huellas que logramos detectar en esa repetición transferencial proveen al analista y al paciente de un camino posible de tramitación de sentidos, de transformación de sentidos, que es un trabajo historización en análisis.

La pregunta es: ¿de dónde proviene el sentido logrado? Acá me voy a meter con algo que Marcelo ha trabajado durante años y ha discutido, creo que el trabajo con estos fragmentos, con estos restos, tiene que ver con la verdad histórica, con la causalidad histórica y la causalidad estructural, que tú tocabas en tu intervención ahora.

El psicoanálisis padeció durante muchos años las consecuencias de una formulación teórica que oponía fantasía y acontecimiento con resultados empobrecedores para la práctica analítica. ¿Acaso podemos oponer historia real y fantasía?

Marcelo habla de un trauma acontecido que se hace presente. Pienso que no es posible plantearse la presencia de un fantasma puro como existencia psíquica independiente de lo vivido, así como es difícil pensar en un trauma externo como puro acontecimiento, que pueda aparecer como independiente de la realidad del deseo. Ya Freud hablaba de un vivenciar traumático, y con ese vivenciar traumático hacía referencia, entiendo yo, a un sujeto que recibe y que interpreta de alguna manera eso sucedido. Si le quitamos al trauma ese lado, esa vinculación con el deseo, lo dejaríamos fuera del psicoanálisis, o como una noción prepsicoanalítica donde permaneció durante muchos años.

Yo diría que el analista en su búsqueda de un sentido para un determinado acontecimiento, lejos de oponer realidad histórica y realidad psíquica trabaja en torno a la articulación de las mismas.

En la medida que la infancia no se reduce a una sucesión más o menos anecdótica de peripecias exteriores, aquellas impresiones infantiles precoces no constituyen un material inerte, sino que en la experiencia que estos acontecimientos implican se introducen aspectos reales y fantasmáticos.

Para Maurice Dayan no se trataría de una infancia interiorizada sino de “prototipos infantiles prehistóricos”, que funcionan como matrices construidas en torno a experiencias de satisfacción e insatisfacción, no como fueron, que realmente no importa y no sabremos, sino cómo han podido operar sobre los dispositivos pulsionales del niño. Acá hay siempre un sujeto que interpreta, que recibe, que vivencia algo.

Volviendo al problema del sentido logrado en el trabajo de análisis. ¿De dónde surge?

Entiendo que el sentido logrado en un análisis no proviene ni de la historia ni de la estructura, sino que surge en el armado de fantasías y de recuerdos que van recogiendo las singularidades de las experiencias vividas por el sujeto y que se estructuran en una

historia. Se trata de una verdad construida a partir de inscripciones en un trabajo continuo de analista y paciente que va a proveer sentidos, simbolización, a estas inscripciones de experiencias vividas.

Yo no estaría de acuerdo con Viderman, que estuvo tan en boga en una época, para quien la construcción del espacio analítico aparece como una invención, como un puro imaginario y lo que acontece en él no tiene nada que ver con lo infantil. Tampoco con Spencer y Schaffer, que aportan, de una manera distinta, con la noción de narrativa una postura donde se le resta importancia a la realidad y la reconstrucción solo interesa en tanto pueda resultar clínicamente beneficiosa para el paciente.

Beatriz de León

Se han planateado una serie de problemas. Un primer problema, con respecto al cual voy a discrepar un poco con Marcelo y Mirtha, es que no todo está ya dicho, eso es un problema. Es cierto que hay ciertas palabras y ciertos problemas que sin duda fueron enunciados por Freud y estoy de acuerdo en cuidar no decir lo mismo, pero hay nuevos desarrollos, hay diferencias en estos desarrollos, se agregan algunos aspectos, y me parece necesario tener una actitud curiosa hacia estos desarrollos, si no, estaríamos repitiendo en círculo las mismas ideas. No atribuyo eso, pero de pronto se puede desprender: esto ya está dicho, volvamos a Freud.

Y voy a discrepar con Mirtha, creo que realmente hay diferencias entre las teorías en la consideración del lugar del afecto, tanto en lo que tiene que ver con la construcción de las metapsicologías como en sus repercusiones clínicas. Por supuesto, el afecto está en todas las teorías, pero el privilegio de las nociones es diferente.

El término simbolización reúne muchas influencias distintas, pero hay algunas diferencias implícitas que me parece bueno tener en cuenta para poder optar, poder elegir. Una tiene que ver con la simbolización considerada desde el punto de vista de lo intrapsíquico y lo pulsional, ahí está toda la línea de reflexión en relación

a la represión primaria y muchos desarrollos de los que han planteado, pero hay otra línea que va a ver los problemas de la simbolización con relación al otro. Esto no quiere decir que estos aspectos no estén considerados en una y otra posición, pero Winnicott privilegia más un aspecto del ambiente que no estaba privilegiado de la misma manera en Freud.

Y hay otro aspecto que tiene que ver con el desarrollo, lo que plantea Marcelo con relación a lo escindido, lo clivado, que es toda la línea que tiene que ver con el progreso en los mecanismos de defensa a lo largo del desarrollo que permite un progreso en la simbolización. O sea que vincula simbolización con desarrollo, ahí hay toda una línea de desarrollos que agregan otros aspectos.

Me voy a referir a un último punto que planteó Susana y que está planteado en muchos de los aportes, que es cómo trabajar con estos pacientes. La noción de preconscious, queda un poco descuidada. Porque la noción de simbolización es muy tosca en algún aspecto para dar cuenta de los procesos de simbolización en los distintos sistemas psíquicos, es la simbolización en la conciencia, en el inconsciente y cómo el preconscious puede articular estos aspectos.

Fanny Schkolnik

Yo también quiero agradecer a la Comisión Científica todo lo que nos han dado y, para entrar en el tema, que nos han empujado a movilizarnos, encontrar cosas nuevas, hacer un verdadero trabajo de simbolización .

En primer lugar quiero decir que todo nuestro acontecer humano es fallante, con fallas que serán más o menos importantes en la constitución del psiquismo y que se pondrán de manifiesto de diversas formas en la clínica. Ya Freud hablaba de eso en la psicopatología de la vida cotidiana. En tanto jerarquizamos el papel del inconsciente en la constitución psíquica, tenemos que admitir que no existe la salud absoluta, ni una represión perfecta. Y las dificultades o fallas en la simbolización tampoco son privativas de las patologías graves, como muchas veces se piensa. Lo que se

repite, lo que no puede moverse, lo coagulado, lo que no puede quedar disponible para los movimientos de ligazón-desligazón, es la expresión de fallas en la simbolización que están presentes en todos los síntomas neuróticos así como en las distintas expresiones clínicas de las patologías narcisistas o las psicosis. Por eso, cuando hablamos de distintos niveles de simbolización hablamos de lo humano en sus distintas manifestaciones “normales” o “patológicas”.

Otro punto a tener en cuenta es que el tema de la simbolización nos remite, por un lado, a la constitución del psiquismo que se da en ese encuentro primordial con el otro, y por otra parte a la patología. Y muchas veces esto da lugar a confusiones y malos entendidos. Lo mismo que sucede cuando la encaramos desde la perspectiva de la primera o la segunda tópica o desde los planteos de Klein, Lacan o de algún otro autor. Pero lo que quiero destacar es que las dificultades de simbolización, cuando comprometen fundamentalmente la represión primaria se caracterizan por un nivel de desligazón particularmente importante que compromete el funcionamiento del yo y el superyo.

De ahí que cuando nos referimos a trastornos de simbolización en determinado paciente estamos pensando en esas fallas de la represión primaria que dan lugar a lo inconciente escindido y que se vinculan a un predominio de los efectos desligantes de la pulsión de muerte. Hay dificultades de un trabajo elaborativo a nivel del psiquismo, tendencia a la expresión de lo pulsional por el acto, indiscriminación y vivencias que tienen el carácter de lo ominoso. Nadal señalaba en este sentido un fragmento de un poema de una paciente psicótica de CIPRES, publicado en el libro “Años Luz”, que hablaba de una “ausencia feroz”. Es un muy buen ejemplo de una importante dificultad de simbolización. Lo feroz está vinculado a lo mortífero, a una destrucción masiva y una ausencia-ausencia, como lo planteaba Nadal. La paciente dispone de palabras para decirlo pero sin embargo nos transmite vivencias desligadas de la palabra.

En el trabajo con lo escindido, que también está presente en pacientes neuróticos, tenemos que enfrentarnos a la carencia de

ese entramado que permite el acceso al sentido. Intentamos establecer cadenas representacionales, una cierta malla que impida la desligazón masiva de la "ausencia-ausencia". Y de esta manera nos acercamos al tema de las construcciones.

Coincido plenamente con Marcelo cuando habla de personas que han sufrido esos traumas tan importantes, como se han dado en nuestro país en la época de la dictadura. Pienso como él que no se trata de ir directamente a esa herida intentando poner palabras con las que el paciente no está en condiciones de contactar por mucho tiempo. Se trata de ayudar a que se constituya una cicatriz adecuada contactando con la periferia del trauma. De la misma manera, también con lo escindido en el caso de pacientes psicóticos o con actuaciones muy graves, pacientes "incurables", trabajamos alrededor de la herida, lo traumático que no podemos abordar con la interpretación como lo haríamos con el retorno de lo reprimido vinculado a la represión secundaria, no buscamos revolver en la herida sino establecer ese tejido representacional que falta.

El tema de la simbolización también nos lleva a lo escindido y a otro gran tema que propone Beatriz, de cómo conceptualizamos las defensas, que hoy no vamos a poder encarar pero que hay que tener en cuenta para otra instancia de discusión.

Marta Labraga

Quiero acercarme al problema que plantea el punto desde dónde nos posicionamos para hablar de simbolización. Hoy, como siempre, como en cualquier otro campo discursivo, es fundamental la experiencia y precisar desde dónde hablamos en nuestro caso, desde la experiencia analítica. La experiencia analítica misma, deja fuera, en mi criterio que se contraponen con otras posturas aquí expresadas, la concepción del análisis como progreso y proceso, todo lo que acentúe una posición evolutiva y de proceso de desarrollo. Pienso que en la experiencia misma no aprecio en primer lugar el lado de decurso, de secuencia, de proceso o de desarrollo, sino que se me privilegia la simultaneidad, la sincronía de las experiencias afectivas y su carácter fragmentario. Por eso

también aprecio las necesidades del corte y de la intervención puntual y no explicativa del analista. Esto hace a la concepción de simbolización que manejemos. También podríamos llamarle, como le llamó Marcelo, “coalescencia” y yo digo sincronía, simultaneidad de experiencias manteniéndose la asimetría de posiciones entre analista y analizando.

Entonces no habría modo de decir que estamos actuando o trabajando con “la mira de la simbolización” sino que, como en la estructuración psíquica se producen en un “a posteriori”, una y otra vez en el tiempo de análisis, desde el sufrimiento, desde la angustia como motor(sin duda) y desde la imposibilidad y el límite, algunos fenómenos de sustitución permanente y de transformación sintomática y estructural que en forma de espiral nos llevan a distintos lugares psíquicos y se producen movimientos de simbolización diferentes. Estas pueden ser sustituciones que aumentan transitoriamente o que derivan en nuevos efectos de sufrimiento, también, porque toda sustitución o metaforización arrastra experiencias de pérdida.

El punto desde dónde pensamos la simbolización puede ser desde la concepción de la ‘re-uniión’, y entonces nos unimos a la etimología de símbolo. O miramos desde otro ángulo, de la ‘partición’ o de la desligazón. Si ponemos el acento en el saber, que nos lleva a lo didáctico (como puede ser apreciado desde otras disciplinas) el símbolo es reunión, reunión de dos partes que encajan entre sí, nuevo sentido, pero en lo analítico el símbolo puede estar desde la falta de sentido y sin embargo, productor de movimiento, concebido desde el agujero y desde la pérdida, como trabajo con esos ‘restos’ de experiencia que privilegian una y otra vez un vacío y una nada que será siempre ese sujeto del inconsciente aflorando y desvaneciéndose. El anclaje, sin embargo, no falta en tanto se encuentra en juego el cuerpo erógeno que da cuenta de diferentes modos, placer, goce, angustia, actos o síntomas o en la violencia del enfermar somático, de todas las vicisitudes pulsionales y del desear que el símbolo expresa o no. Podemos pensar en los ejemplos que surgieron hoy. A veces importa mucho mirar algo que puede quedar fuera de la red de sentido y sin

posibilidades de ser integrado en “construcciones”, aunque teniendo efectos. Como el ejemplo clínico, que me surge, del agujero en la suela de los zapatos que llevaba siempre un hombre exitoso y adinerado, nieto de alguien sobreviviente de un campo de concentración. Esto dejaría afuera algo del riesgo permanente de lo didáctico en la experiencia de análisis y del saber o del conocimiento más aprensible de la conciencia.

Nadal Vallespir

Beatriz comentaba que alguien afirmó que todo se ha dicho; por supuesto que no se ha dicho todo, pero sí se han dicho muchas cosas y es cierto que muchas veces se vuelven a repetir las mismas cosas con distintas palabras, con distintos términos, poniéndoles distintos nombres. Como también muchas veces se usa un mismo término para designar cosas diferentes. Hay que tener esto en cuenta. Coincido con algunos planteos de Fanny y Susana. También concuerdo con Myrta en muchos aspectos de lo que ha escrito. Susana y Fanny se referían a lo que yo había escrito con respecto a las fallas de la simbolización, que van desde un simple traspie, por ejemplo en el olvido de Freud del nombre de Signorelli, hasta la falla radical, la forclusión en el caso de las psicosis. Por eso se utiliza tanto lo de fallante, que he consultado en distintos diccionarios y nunca lo encontré; fallida sería el término; creo que fallante es más bien un neologismo, pero da más cuenta de lo que se quiere significar. Y, si lo pudiéramos utilizar, el término fallando, ese gerundio al que tantas veces apelamos para referirnos a una acción durativa, daría más cuenta aún.

La simbolización de alguna forma está fallando continuamente. Yo planteo al final del trabajo las relaciones entre la pulsión de muerte y la metáfora paterna. No hay ningún padre que pueda ejercer cabalmente, plenamente, sin fallas, la función simbólica, la castración simbólica. Entonces, evidentemente va a haber algo fallante, algo que esté fallando en la metáfora paterna y, por ende, en la simbolización, y por eso planteaba esa gradación de fallas que van desde un simple traspie hasta otras fallas mucho más

radicales.

Agradezco una vez más a Fanny, que me regaló ese hermoso libro, *Años luz*, en el que se encuentran cosas muy valiosas; ese poema de CGT es estupendo y me permitió algunas reflexiones, que pongo al final de mi trabajo. Eso de la ausencia-ausencia: hace un momento, Pedro hablaba de la ausencia y la presencia del otro; la presencia del otro es prioritaria, sin duda, y recorre toda la teoría lacaniana, a tal punto que sin el otro no nos podemos constituir, pero de todos modos para la adquisición de la capacidad de simbolización es fundamental la ausencia, el juego de presencia-ausencia. De alguna manera esto falló en CGT; por eso esa ausencia-ausencia, esa ausencia feroz, tan radical.

Con respecto a lo que se mencionó de los traumas y de la cicatrización al costado, al lado: algo hay que tocar, aunque sea de forma tangencial, porque, si no, queda sin ser tramitado; puede quedar cicatrizado, encapsulado como un tumor benigno, aislado, pero no deja de ejercer efectos. En la viñeta, incluso, se han mencionado los efectos que ocasiona. No se va a ir frontalmente, abruptamente, a tocar esas representaciones; hay que darle tiempo al paciente, pero de alguna manera tangencial se puede ir logrando que dichas representaciones vayan incluyéndose en un entramado con otras representaciones. Creo que es la manera de intentar que esos traumas se vayan simbolizando.

En relación con lo que planteaba Myrta, la simbolización como trabajo de lo inconsciente: siguiendo a Lacan, yo me refería a que la represión, represión secundaria se entiende, y el retorno de lo reprimido son la misma cosa y, respecto de la simbolización, tanto para el retorno de lo reprimido como para la represión misma es necesaria la simbolización. Sin esta, en vez de la represión se produciría la escisión. Las fallas en la represión primaria (que tienen que ver con esa metáfora que mencionaba Myrta) son solidarias de fallas en la represión secundaria.

Con respecto a que la represión y el retorno de lo reprimido son la misma cosa, recordaba al Hombre de las Ratas, cuando salía a correr por los montes bajo el sol para matar a Dick (gordo en alemán), para lograr adelgazar, pero al mismo tiempo expresaba

el deseo de matar a Dick, el primo de su amada. Allí hay un trabajo de simbolización que implica el retorno de lo reprimido, del deseo de matar a Dick, al mismo tiempo que supone su represión. Hay una coincidencia entre represión y retorno de lo reprimido que se da en torno al significante Dick: dick (gordo) y Dick, ese primo. Claro que de este modo también se realizaba su deseo suicida como autocastigo.

Laura Verísimo

Quisiera poner en común algo que le dije a Marcelo que había discrepado de su trabajo, que también toma Beatriz, tomó Fanny y ahora retoma Nadal, esto de cómo trabajar con lo traumático, esto de no volver, de no tocar. Quería seguir con esto que planteaba Nadal, cómo no pensar en la necesidad de trabajar, y yo diría desprender al sujeto víctima del horror de interpretaciones que a veces hacen a sentirse responsable, culpable, casi como el agente, es decir, no sólo ha tenido que padecer el horror sino que se atribuye una responsabilidad.

En la película *Ser digno de ser*, que no es una gran película pero es muy interesante. El niño que viene padeciendo el hambre de un campo de refugiados, al que la madre cristiana empuja a irse con una madre judía a la que se le murió su hijo, se despertaba de noche diciendo “mi culpa no es, mi culpa no es”, y en el correr de la peripecia se va desplegando que el niño ha interpretado que la madre lo empuja a irse, no para salvarle la vida, para darle una posibilidad de vida, porque está enojada porque se murió el hermanito que él no había sabido cuidar, porque era responsable de la muerte de su hermanito. Para relativizar algo que había quedado muy enfáticamente y dejar abierto el trauma, el acontecimiento y lo que el sujeto interpreta, qué hace con eso. Nos quedan líneas interesantísimas a seguir trabajando.